

Un artículo sobre

SIMÓN

RODRÍGUEZ

como fábula y confabulación para lograr la educación necesaria

Raúl García Palma

Programa de Ciencias Sociales
Carrera de Sociología del
Desarrollo

En América Latina, la confabulación que se da en el Siglo XIX tiene dos niveles, donde uno visible, estratégico y rítmico es el que a lo largo de cien años se notará por sus significados, que a partir de ese momento construirán el altar de las patrias de esa región con sus batallas, héroes y proclamas. Este nivel tiene un hito que actualmente es icono de la constancia y el sacrificio por todo lo que significaba la patria: es Bolívar como promotor de la guerra contra los españoles y este nivel se denomina encuentro con la guerra. El segundo nivel de la conspiración contra los españoles, apenas se vislumbra doscientos años después, es decir, a principios del Tercer Milenio y es cuando surge de forma intempestiva, el encuentro con los valores del ciudadano necesario.

Este segundo nivel que se da a lo interno de la confabulación, palabra que determina la patria grande soñada por Miranda, Bolívar y el chileno Francisco Bilbao, es la necesidad de apartarse de los países que colonizaron las tierras latinoamericanas. Más adelante, esta necesidad se convertirá en una búsqueda antiimperialista, lo que le dará significado como concepto de acción, más profundo, irracional y profético. El encuentro con los valores del ciudadano necesario, lo dan aquellos anti-héroes que sin una estrategia para llegar al poder, proclaman un estilo de vivir, que no será comprendido por el resto de la sociedad, de allí su tono profético. El anti-héroe mayor de esta búsqueda es Simón Rodríguez, que como un personaje de novela tiene varias caras, las que marcan, orientan el rumbo y el sentido cultural de su nación y las naciones de la gran patria.

Desde este personaje se aludirá la posición profunda, irracional e iluminada que tiene esa búsqueda del ciudadano, concepto que en el maestro de Bolívar, comienza con el abandono de su apellido paterno Carreño, luego de su llegada a Jamaica, cuando se auto-proclama como Robinson, viviendo así el significado que le dará Arturo Uslar Pietri en la novela de *La isla de Robinson*, allí es una isla rodeada de incompreensión por todos lados, sin saber dónde se dirige su exploración, instalándose por más de veinte años en Europa. Por último al llegar de nuevo a lo que antiguamente se llamó Nueva Granada, decide llamarse Simón Rodríguez, nombre del autor de un artículo denominado *La instrucción pública*, escrito en 1.825, allí como espejo de su espíritu, están algunas características de lo que debía ser la educación, como creadora de valores que orienten a las mujeres y hombres recién liberados. Para él, con las líneas filosóficas que desarrolla en esta "instrucción", es que se podrá originar al ciudadano para las nuevas repúblicas de la América Septentrional.

Simón Rodríguez tendrá como pensamiento básico, que el gobierno de cualquier país debe formar la moral de su pueblo, pero concretamente los de América Latina, la patria colosal bolivariana, será la que más necesitará accionar este principio. Éste es el primer tema que toca su artículo, por eso su actualidad en los discursos políticos de los líderes de estos países. Uno de sus extractos más conocidos dice: En efecto: *las Naciones marchan hacia el término de su grandeza, con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan, si ésta vuela, retrogradan, si retrograda, se precipitan*

y hunden en la oscuridad, si se corrompe, o absolutamente se abandona.

La no exclusión, la gratuidad de la enseñanza y la municipalización en Venezuela pueden ser sinónimos del concepto “grandeza” a los que refiere Rodríguez, así como lo contrario significaría el abandono de la educación. El encuentro con el ciudadano, entonces se ha convertido en política educativa.

Otra característica del artículo es, muy al estilo de Simón Rodríguez, una pelea contra las palabras, aquí critica el nombre del Maestro por el de Director; el de escuela lo quiere sustituir por el concepto Sociedad. Descarga y carga a los conceptos, método o contramétodo que se encontrará muchos años después en Paulo Freire. Lo único que ha quedado de esta exhortación es la significancia del Director y Sociedad: éstos deben representar lo contrario de castigo, tedio, presidio y esclavitud (acciones que en ese momento se encontraban en la educación española según Rodríguez). Éstos deben ser estímulo, alegría, aula abierta y libertad, de allí la cercanía del pensamiento educativo de Rodríguez con Pestalozzi, Montessori, Decroly, Makarenko y Freire.

Una tercera y última característica del artículo, es su afán por el nivel afectivo de la educación, no es sólo la importancia de tener un ambiente de aprendizaje cónsono para lograr sus objetivos, sino que Rodríguez inventa unas estrategias de aprendizaje propias de las denominadas, en la actualidad, Técnicas Cibernéticas. En éstas se busca suscitar la responsabilidad en el estudiante, como valor supremo de ciudadanía. Esta responsabilidad se logra con la asignación de roles, como la de llevar el libro o registro donde se asientan quienes son ganadores de premios o que haga un acto de nobleza por su sociedad (escuela). “El día de las grandes solemnidades de la patria, se congregará la sociedad y algunas personas visibles del Pueblo: una de ellas la más condecorada leerá en voz alta la gloria y triunfos de la juventud”. Rodríguez le da así, la connotación real a la escuela, a través de los roles que van a reflejar a la sociedad y a sus actores, como experimentadores en lo micro de la verdadera.

Con estas estrategias, la educación robinsoniana, fábula la posible llegada a vivir, no sin conflictos, pero sí en creatividad, instruyendo en el error que se puede superar. Estas estrategias resultaron irracionales para su tiempo, ahora se actualizan para seguir confabulando y alcanzar de esta manera intrépida, no la verdad, pero sí lo auténtico.

